

# EL CATOLICISMO.

PERIODICO QUINCENARIO.

Filosófico, Histórico e Literario.

Non enim quod bonum est male accipiamur: et tunc pacem colimus, legitime puniantes, atque intra limites nostros spiritusque regulam nosmet continentes.—S. GREGOR. NAZIANZ.

## Los filósofos y los apóstoles de Jesucristo.

III.

### CONDUCTA DE LOS FILÓSOFOS.

F967

Evangelium in cogitationibus suis, et obscuro est insipiens cor eorum. Dicentes enim se esse sapientes stulti facti sunt... Et sicut non probaverunt Deum habere in potentia, tradidit illos Deus in reprobam sententiam, ut faciant ea que non conveniunt, repletos omni iniquitate, avaritia, fornicatione, avaritia, ira, invidia, homicidio, contentione, dolo, malignitate, susurrones, detractores, Deo odibiles, contumeliosos, superbios, elatos, inventores malorum, parentibus non obediens, insipientes, incompósitos, sine affectione, absque fide, sine misericordia. ROM. I. 21 ET SEQ.

Al examinar los sistemas y opiniones de los filósofos y la conducta que en general han observado, ocurre desde luego preguntarse: si es la corrupción de sus costumbres, la que ha enervado su entendimiento, o si son las aberraciones de su inteligencia las que han depravado su corazón. Nosotros creemos que estos males han caminado y caminan paralelos, que tienen una generación, recíproca, y que se sostienen, fomentan y ayudan mutuamente.

En efecto, ninguno niega a Dios, ha dicho un escritor ecélebre, sino el que tiene interés en que no exista; el que para entregarse a rienda suelta a sus apetitos sensuales, querría que no hubiera quien castigase sus demasías; el que satisfecho de los gozos de la vida presente quiere libertarse del temor de una vida futura; y acallar los punzantes recordamientos de su conciencia. ¿Aquel que este freno saludable una vez ha sacudido ¿a qué excozes no se precipita? ¿qué es lo que puede contener sus viciosas inclinaciones? ¿será el miedo de la pena temporal? No todas las malas acciones son castigadas por las leyes, y la vigilancia de las autoridades puede ser con frecuencia burlada. ¿Será el deseo de los aplausos si obra bien, la amenaza del vituperio si obra mal? Pero mil veces la hipocresía se cubre con el ropaje de la virtud; mil veces los mas detestables hechos quedan ignorados, y otras mil el incentivo de la pasión es mucho mas vivo que el aliciente de una alabanza estéril o de una improbación sin consecuencia.

Por tanto, el ateo que niega abiertamente a Dios; el deista que lo supone ciego, ocioso e imponente; que le quita el conocimiento y el gobierno del mundo, y especialmente la atención sobre las acciones humanas; el panteísta que no ve mas Dios que el Universo, o el conjunto de seres entre los cuales él mismo figura como partecilla de ese Dios material y divisible; el escéptico que duda de todo, para quien no hai ninguna certeza ni en el orden moral ni en el orden metafísico, y que lo único que puede interesarle son las sensaciones agradables por ilusorias que le parecerían; el materialista que circunscribiendo a su corta existencia en la tierra todos sus destinos, nada espera ni teme despues de su muerte; el fatalista que todo le refiere al inflexible hado o

a la ciega casualidad, que se cree forzado a obrar el bien o el mal por un encadenamiento irresistible de causas necesarias; todos estos, mas bien que una fuerza represiva, tienen en sus opiniones un poderoso estímulo para entregarse a todos sus deseos, dando vuelo a sus pasiones, y para satisfacer sus brutales apetitos.

¿Se supondrá acaso que la naturaleza humana es por sí inclinada al bien, y que poseyendo fuerzas superiores a las concupiscencias de la carne y a los desarreglos del corazón, puede fácilmente domar aquellas y corregir estos, ayudada por los dictados de la razón? Ciertamente si el hombre no hubiera perdido por su desobediencia al mandato del Altísimo, la gracia original que le fué otorgada en su creación, todo en él se hallaría bien ordenado; sus inclinaciones serian rectas, y sus pasiones estarían del todo sometidas a su dominio. Mas aquella criatura hecha a la imagen y semejanza de su Criador pecó, y esa grande y augusta imagen, si bien no fué enteramente borrada, fué sí eclipsada y oscurecida. Rebelándose contra su Dios el hombre sintió rebelarse contra él la naturaleza entera hasta la suya propia, y ya no fué dueño de reprimir sus depravadas voluntades, sus criminales votos; sino haciéndose constante y no interrumpida violencia. Este hecho confunde nuestra inteligencia y nuestros sentidos; pero es real e incontestable. Es un misterio profundo y terrible, en el cual, segun la enérgica expresión de Pascal, «el nudo de nuestra condición toma sus revueltas y sus repliegues de tal suerte, que el hombre es mas inconcebible sin este misterio, que este misterio no es inconcebible al hombre.»

Las tradiciones de todos los pueblos, los escritores sagrados, los historiadores, los poetas, los sabios de todas las naciones están de acuerdo para atestiguar la grandeza del primer hombre, su falta, su caída y su castigo transmitido de raza en raza a sus descendientes; por lo que Marco Aurelio escribió «que el alma racional es un Dios desterrado;» y Young, y despues de él Lamartine, han dicho: «el hombre es un Dios caído que se acuerda de los cielos.» De aquí ese cúmulo de contradicciones en el ser humano que tan elocuentemente expresan Racine, Chateaubriand, Frayssinous y Ailetz; y mejor que todos ellos el gran Pablo en su hermosa carta dirigida a los Romanos.

La caída del hombre llevó consigo la declarada rebelión de sus pasiones, el continuo choque de la carne contra el espíritu, la incesante guerra entre el bien y el mal; desgracias que segun San Pablo, y lo que la Iglesia tiene decidido, no desaparecieron con la redención aunque ésta ha sido superabundante. Y a la verdad ¿qué es lo que la experiencia nos está diciendo? ¿qué es lo que pasa dentro de nosotros mismos? ¿es mas fuerte, o a lo menos igual, nuestra inclinación a la virtud que al vicio? ¿es mas grande el número de los buenos que el de los perversos? ¿es mas fácil moralizar un pueblo que corromperlo? ¿qué es lo que nos revela la historia de las diversas naciones del globo?

Se creará empero, que una razón ilustrada puede neutralizar por sí sola nuestras funestas tentaciones al mal. Error grave en sí y en sus resultados, porque ya el apóstol nos advierte, que nada bueno

podemos hacer por nuestras propias fuerzas: porque la razón sin guía se extravía fácilmente como ha dicho M. Guizot; porque han sido grandes i repetidas las observaciones del entendimiento humano, como lo hemos demostrado con los hechos, en nuestro primer artículo; i porque el aguijón de la sensualidad, el sebo del interés, la exacerbación, en fin, de las pasiones, ofuscan i reducen con frecuencia el espíritu.

Es tan cierto que la sola ilustración no contiene a los hombres en la carrera del crimen, que según el diario de debates de Francia, el número de los acusados instruidos excede en mucho al de los literatos. Mr. Dupin confiesa que la clase que posee una instrucción superior a la enseñanza primaria, es la que sobrepaja a las demás por la multiplicidad de atentados contra las personas. Mr. Moroguez dijo el año de 1834 en la Cámara de los Pares: «los hombres que habían recibido una instrucción superior al primer grado, mostraron siete veces más propensión al crimen que los que solo habían recibido los beneficios de la instrucción primaria,» i Mr. Lauvergne exclama: «compulsad los anales de la jurisdicción criminal, i hallareis, que el más grande número de homicidas, asesinos, envenenadores, falsarios &c. son hombres de letras; que los reincidentes e incorrigibles son hombres de letras; que ellos son la fuente de todo mal, del contagio moral; que los propagadores del vicio i del crimen en las aldeas, en las chozas i en los campos son hombres de letras; en una palabra, que una falsa literatura es la causa de todo el mal.» «De dónde nace el mal? Beaumont i Toqueville nos lo indican.» La instrucción, dicen ellos, produce una porción de necesidades nuevas, que sino se satisfacen, invitan al crimen a los que la sienten. Así está en su índole aumentar más bien que disminuir los crímenes.» Mucho fundamento tenía, pues, Bacon cuando escribía que *la religión es un aroma sin el cual se corrompe toda ciencia*; i Royer Collard añade: *sin la educación moral la instrucción no es más que un instrumento de ruina.* De esa ciencia era que hablaba Salomón cuando decía: «que es necedad para con Dios» porque según él, «en las almas pervertidas no entra la verdadera sabiduría» ¿qué diremos ahora cuando los que se precian de sabios i entendidos son los que predicán el ateísmo, el materialismo, el comunismo i el socialismo? ¿qué diremos cuando tales hombres se avergüenzan de la moral del evangelio, se ríen de sus máximas, i para ser tenidos por ilustrados blasfeman de Dios, ridiculizan las instituciones cristianas i hacen alarde de que se les cuenta entre los impíos? Respóndanos de buena fé, ¿el saber de estos hombres será un freno bastante para reprimir sus apetitos sensuales? ¿Lejos de esto, el sensualismo i el libertinaje no están envueltos en sus mismas doctrinas? ¿I qué deberemos esperar de la juventud a quien no se dé una educación verdaderamente religiosa?

Seguir la naturaleza es el precepto de muchos filósofos como Condorcet, que no ha temido decir que así el hombre quisiera seguir la naturaleza, ensancharía indefinidamente los límites de su mansión sobre la tierra, i *probablemente no sería ya mortal.* Seguir la naturaleza es la duda, en concepto de estos filósofos, oír su voz espresada por medio de los instintos naturales: es buscar el placer i huir el dolor: es satisfacer nuestras inclinaciones: es hacer todo lo que nos sea útil: es dar rienda suelta a nuestros deseos. Sufrir es contra lo que nuestra naturaleza nos inspira; gozar es a lo que ella encadena nuestros pasos. Cualquiera puede convenir sin dificultad, cual habrá de ser la moral de aquellos que sobre tales principios basan su conducta, por lo ménos es seguro que semejante moral no es la moral más pura i sublime del Evangelio; porque Jesucristo, conociendo que nuestra naturaleza corrompida por el pecado, no es guía segura de nuestras operaciones, pues que antes bien ella nos solicita,

nos instiga, nos arrastra a seguir nuestras perversas pasiones, nos ha dicho: «resistid a vuestra naturaleza;» i los mandatos que nos impuso, i los consejos que nos ha dado, i las máximas que ofrece su doctrina entrañan este saludable precepto como condicion esencial para obtener el reino de los cielos; i que contentando al propio tiempo, a cada uno en los lindes de sus deseos, influye también necesariamente, en la seguridad, reposo i prosperidad terrenal de los hombres, «la naturaleza, dice el inimitable autor de *la Imitación de Cristo*, se dirige hácia las criaturas, hácia las vanidades, hácia la carne. La gracia eleva hasta Dios, exita a la virtud, renuncia a las criaturas, huye del mundo, gdia los deseos carnales.»

Verdad es que a pesar de las creencias católicas i de la doctrina evangélica, hai hombres, i por desgracia no pocos, que desdoran con sus vicios el nombre de cristiano; mas este hecho una nueva prueba nos brinda de la impotencia humana para seguir los senderos trasados por el Divino Legislador, i para practicar resueltamente la virtud; porque si creyendo en un Dios justísimo remunerador de las buenas acciones i vengador de las malas, sabiendo que al terminar la sombra de la vida se entra en una eternidad de premios o castigos según los méritos o los desméritos, no obstante se quebrantan las leyes divinas i humanas ¿qué será si aquella creencia si disipa, i este temor se sacude? ¿qué será cuando no esperando remuneración alguna de sus privaciones i sufrimientos, después de la muerte, el único bien, el único goce, la sola felicidad se encuentra en los placeres de la tierra? Hai de otro lado notables diferencias entre el incrédulo i el cristiano que falta a sus deberes: al primero sus mismos principios lo encaminan al mal, i al segundo los suyos lo contienen i refrenan, lejos de estimularlo: las obras del uno son el efecto lógico de sus creencias i doctrinas, las del otro son hijas de su debilidad: de este puede esperarse arrepentimiento i enmienda, porque con tal arrepentimiento i enmienda halla la más completa reconciliación con su Padre celestial; pero aquel ¿de qué i para qué se arrepentirá? ¿cuál será el fruto que aguarda de su enmienda? ¿I qué sería lo que le excitara a enmendarse, sino fuera que abjurando sus impíos sentimientos, se sometiera dócil a la fé, i reconociera el feliz resultado de la penitencia cristiana?

Por otra parte, el que cree que nada es bueno o malo, justo o injusto; el que lo halla todo por su naturaleza indiferente, todo lo juzga permitido, i ninguno de sus hechos se le presenta como vituperable: el que predica que lo que es útil es justo, que el bien está en el placer i el mal en el dolor, no se abstendrá jamás de lo que le produzca utilidad o le proporcione placer: el que tiene por inocente el aborto i el infanticidio lo cometerá siempre que así lo exija su interés: el que vocifera que es licito el adulterio i la prostitución, no dejará de pretender la mujer de otro, ni de seducir la doncella virtuosa i honrada: el que opina que no es malo el robo, el fraude i el engaño, no esquivará robar, engañar, ni defraudar: los comunistas que miran a los ricos como detentadores de los bienes de los pobres, anhelarán por apoderarse de las propiedades del prójimo i vivir del trabajo ajeno: los socialistas que ven en su doctrina el medio fácil de saciar cuanto lisonjea el apetito sensual, pretenderán hacer todo lo que en este ridículo, a la vez que perverso i brutal sistema, se permite: i los encarrizados enemigos de toda autoridad, i los que atacan todo poder que ellos no ejercen, como una usurpación, i los que vituperan las instituciones como injustas trabas de la libertad, en oportuna ocasión serán rebeldes i traidores.

Todo esto es estrictamente lógico, porque sería un fenómeno, una paradoja, una irrisión que las acciones estuvieran en desacuerdo con los sentimientos, i el modo de obrar contradijese las opiniones; a no ser se convenga en que esos filósofos no sienten lo que

dicen, i entonces esto solo basta para calificarlos de hombres de mala fé i ruin proceder; i si con sus actos a impugnar sus doctrinas no se atreven, forzoso es que obren mal, i que su conducta sea de todo punto cual el grande apóstol la descifra en el testo que de tema nos sirve en este artículo.

Mas no nos limitaremos en este punto a pruebas sacadas del raciocinio solamente, que tambien los hechos hablan en favor de nuestra tesis. No es propio de un artículo de esta especie hacer largas i enasadas biografías de todos los héroes que la filosofía venera. Unos pocos rasgos de algunos de los principales bastaría desde luego, para formar juicio de su moral i de sus costumbres.

Para que tampoco hablar del ateo Teodoro que consiguientemente a su doctrina de que el sabio puede, cuando le agrada, cometer sin rubor, toda clase de hurtos, de adulterios, de sacrilejos, daba continuamente graves escándalos: ni de Epicuro cuya casa era un verdadero lupanar, donde se reunian las mas corrompidas mujeres, i los hombres mas disolutos, que de filósofos se gloriaban, a entregarse a la crápula i al deleite, presidiendo el mismo tan detestables orgías: ni de Metrodoro, Lucrecio, Luciano, Horacio, Petronio &c. dignos discípulos de aquel impio sibarita: ni de Aristipo, Crates, Diógenes el cínico i otros de esta calaña, que habian praeferido la vergüenza, i hacian alardé de la vida mas licenciosa i del mas brutal libertinaje? Basta saber que en Grecia i en Roma no se preciaban los filósofos de costumbres puras; que hasta Sócrates fué sindicado de nefandos placeres, que Ciceron se acusa el mismo i que el grave Catón fué convencido de haber formado de ellos su pasion dominante; a que se agregan otros hechos que arguyen a no dejar duda, que el gran descubrimiento que reinaba en esas naciones, envolvia igualmente a aquellos sabios que sobre la virtud tan bien escribieron, pues que Séneca mismo cuyas obras con admiracion se leen i citan, tuvo con Neron criminales condescendencias; cuando este tirano envenenó a su hermano, el filósofo no rehusó los despojos de la víctima; se le sospechó, no sin fundamento, segun Tácito, de complicidad en el parricidio intentado sobre la persona de Agripina, el cual verificado al fin, Séneca escribió la apología que el parricida leyó en el Senado, i fué tal su avaricia, que con escándalo de todos, atesoró inmensas riquezas en solos cuatro años de favor.

Dejando pues aparte lo que en aquellos tiempos entre tales filósofos pasaba, nos ocuparemos de algunos de los posteriores que por sus errores e inpias doctrinas han llamado más la atencion.

(Continuaré.)

## INTERIOR.

### Pastoral.

NOS MANUEL JOSÉ MOSQUERA POR LA GRACIA DE DIOS  
I DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA ARZOBISPO DE BOGOTÁ.

*Al venerable clero secular i regular, i a todos los  
fletes cristianos de nuestra arquidiócesis, salud  
i bendiccion en N. S. J. C.*

En las instrucciones que con ocasion de la cuaresma os dirigimos en el año anterior, Hermanos e hijos nuestros carísimos, nos esforzábamos en prevenirnos contra el veneno de los malos libros: allí desecháramos las ilusiones de sus promesas, la perversidad de los designios de sus autores, los artificios de su lenguaje, i la arrogante impiedad con que los escritores irreligiosos blasfeman de lo que ignoran (1) i se alzan contra todo lo que se dice Dios. (2) Estas instrucciones dictadas únicamente por el zelo, i que no son sino el desempeño de nuestro cargo pastoral, pueden variar de asunto; pero su fin es

(1) *Judae.* 10.

(2) *2 Thesal.* II. 4.

siempre la edificacion del cuerpo místico de Cristo, su motivo el deber de alzar la voz como la trompeta para que resuene en los oídos de todos, descargando así una de nuestras mas sagradas obligaciones. Dios nos ha impuesto el deber, dándonos correlativamente el derecho de señalar los atentados de la impiedad; de clamar contra ellos, para advertir a las ovejas del Señor de los peligros que corre su vida espiritual, i de apacentarlas con la doctrina de la verdad, que las mantenga en la fidelidad a nuestro único dueño i Señor Jesucristo, asegurando de este modo su salvacion i la nuestra.

Siguiendo estas máximas, es hoy propio de nuestro deber reanimar vuestra fé i vuestra piedad hablandoos de lo que forma el medio universal de la salvacion, i les encierra todos; de la necesidad de vivir siempre en el seno de la casa única del Padre Celestial, por medio de aquella santa unidad que J. C. N. S. estableció.

La S. Trinidad eterna, Hermanos e hijos carísimos, que se dignó descender de los cielos a revelar a los hombres sus misterios, i darles una lei regeneradora que vino a traer al mundo el reino de la verdad i de la justicia, que esto es el reino de Dios; debió dejar la obra de sus manos marcada con el sello de su poder i de su divinidad. Si fundó en la tierra una sociedad depositaria de su gracia i de sus leyes, es imposible que no diera a esta sociedad una señal eminente que la haga reconocer siempre, i cuya luz sea tan resplandeciente, que ninguna secta, ninguna religion de creacion humana pueda vindicar para sí la esplendente señal que solo el Verbo Eterno pudo imprimirle.

En efecto: la radiante antorcha de la Iglesia Católica brilla en la noche de las opiniones i de las dudas de los siglos, como un faro de esperanza i de luz: i en el viaje de la vida del tiempo a la patria eterna, ningún mortal que ame i busque sinceramente la verdad, confundirá jamas la claridad pura de la Esposa del Cordero con las pálidas i dudosas luces que guían los vacilantes pasos de las víctimas de la herejía i de la mentira.

Pero entre los caracteres, o signos celestiales, con que se muestra la Iglesia, saludáramos hoy de preferencia su inmortal unidad, llamando la atencion de todo el que no haya pactado con la muerte ni dicho adios a la esperanza, sobre este hecho inmenso i prodijoso, que lleva un poder de conviccion irresistible. Siendo la religion la manifestacion social del ser infinito, o del ser uno, debe llevar el carácter de la unidad, que segun el pensamiento de San Agustin, es la forma esencial de lo verdadero i de lo bello: i como la religion encierra toda la verdad, debe pertenecerle la unidad de tal manera, que sea un atributo suyo esencial, incommunicable. He aquí la razon de que el Apóstol haya grabado, digámoslo así, en el frontispicio de la Iglesia esta inscripcion dictada por el Espíritu Santo: *Un Señor, una fé, un bautismo* (3). La Iglesia es una en su fé, una en su culto, una en su jerarquía, o sacerdocio: i esta unidad de sacerdocio es el garante de la unidad de fé i de culto; por lo cual se resuelve toda la unidad de la Iglesia en la unidad de jerarquía o sacerdocio. La existencia social, visible i permanente de una jerarquía intimamente unida desde el poder central i supremo hasta los ministros colocados a la estremidad del círculo sacerdotal, es un hecho resplandeciente como la luz, i que nadie puede negar, por que esta negacion entrañaría el trastorno de las leyes de la inteligencia i del sentido comun: los mismos enemigos del Cristo i de su Iglesia dan prueba de reconocerlo así en los sacrilegos esfuerzos con que siempre han pretendido romper esta unidad.

Contemplando el Salmista a la Iglesia por en medio de los siglos i de las jeneraciones, la canta *reunido los pueblos i los reyes para adorar juntos al Señor* (4). I Jesucristo al comenzar a desenvolver el magnífico plan del reino de Dios en la tierra, anunciado por los profetas, dijo que *habría un solo aprisco bajo de un solo pastor* (5); presentando así la unidad como el principio jenerador de la sociedad cristiana: un pastor, para apacentar la grei de los hijos de Dios en la vida de la naturaleza reparada por la gracia; un aprisco, para dar a los angeles i a los hombres el espectáculo de la verdad i de la virtud santamente reconquistadas en este mundo asolado por el error i el egoismo.

Subamos a los dias en que Jesucristo estableció el reino de Dios, i hallaremos con San Cipriano, que *cualquiera que considere i examine estas cosas, no ha menester largos i prolifjos discursos para convencerse.* (6) Todas

(3) *Ephes.* IV. 5.

(4) *Psal.* c. I. 23.

(5) *Joan.* x. 16.

(6) *De unitate.* *Eccles.*